



nietzsche

Conferencia Internacional / International Conference

el devenir de la vida the becoming of life

Actas / Proceedings

Nietzsche y el devenir orgánico e inorgánico

PABLO MARTÍNEZ BECERRA

Universidad de Playa Ancha

Chile

Nietzsche y el devenir orgánico e inorgánico

PABLO MARTÍNEZ BECERRA

Universidad de Playa Ancha

Chile

Doctor en filosofía, moral y política, Universitat de Valencia, España. Autor de *Nietzsche y el despliegue de la libertad* y de *Nietzsche, descenso a Dioniso y ascenso trágico*, su línea investigativa es la filosofía de Nietzsche y la filosofía práctica. Es profesor de filosofía medieval, antropología y ética económica en las universidades de Playa Ancha y Adolfo Ibáñez.

La idea de que todo tiende al acrecentamiento y que la vida, en general, es lucha constituye una de las concepciones centrales de la filosofía de Nietzsche. En otras palabras, para él, *el devenir de la vida*, que es el tema que con tanta ilusión y jovialidad nos congrega, es «voluntad de poder».

Afirmar que en el mundo de los seres orgánicos se manifiesta como voluntad de poder y lucha, no entraña, creo yo, mayores dificultades para ser defendido. Sin embargo, fundamentar que en el mundo inorgánico, también llamado el ámbito de la materia bruta o inerte, hay una búsqueda de «un más de vida» y que en este afán se despliega agonalmente, presenta una serie de dificultades.

Esto último, es lo que pretendo que sea el centro de mi exposición, es decir, el corazón de este escrito aspira a mostrar la índole aumentativa de lo inorgánico. Es decir, procuraré, por un lado, hacer visible cómo sustenta Nietzsche la idea de que en este estrato hay también voluntad de poder y lucha y, por otro, caracterizarlo en la medida de lo posible.

Partiremos con esta dificultad, para, luego, ascender al examen de las manifestaciones peculiares que tiene la voluntad de poder en el mundo orgánico. Sin embargo, por razones de tiempo, este análisis de lo que llamamos vivo, lo realizaré sólo a grandes rasgos.

Partamos por la consideración que hace Nietzsche del «mundo inorgánico».

1. La voluntad de poder en lo inorgánico

Se puede decir que Schopenhauer legaba a Nietzsche la consideración, implícita, de que la voluntad de poder se manifiesta en el mundo humano y, explícitamente, que en lo inorgánico solo habría voluntad de persistir. Pero Nietzsche, como es sabido, termina leyendo todo lo real como voluntad de poder, por lo que debe extrapolar la capacidad de aumento y de lucha también al mundo inorgánico. Buena parte de sus lecturas posibilitan que él pueda transponer, con mayores argumentos, el dinamismo aumentativo a los seres llamados inertes.

Al entender de Nietzsche, lo inorgánico, al igual que lo orgánico, posee una fuerza de repulsión. Hay en lo inorgánico un impulso de atracción y de rechazo que lo

liga al mundo orgánico. Por tanto, hablar del mundo inorgánico como el mundo de lo inerte es completamente inadecuado. Lo inerte, es decir, lo carente de dinamismo, lo que no puede cambiar, es, para Nietzsche, algo que sólo puede pensarse, pero no existir. Según considera Nietzsche, si llegamos al fondo de lo inorgánico, lo que ahí encontramos no es extensión, ni tampoco un *substratum*, sino una cantidad de fuerza, un *quantum* de poder. En otras palabras, la realidad es ella misma acción y lo que llamamos inorgánico es manifestación de ese tema único del mundo, a saber: la voluntad de poder. Ciertamente, no percibimos todas las manifestaciones del movimiento de las fuerzas del mundo inorgánico, pero, no por ello, carece de las propiedades de aquello que sí se manifiesta a la sensibilidad. Ideas semejantes se encuentran con claridad en muchos autores del s.XIX, entre los cuales se cuenta Spencer que, como sabemos fue repudiado, pero, a su vez, muy aprovechado por Nietzsche. El filósofo inglés afirma que esos «centros de fuerza, atrayéndose y repeliéndose mutuamente en todas direcciones [están] provistos de las propiedades comunes e inseparables de las partes perceptibles»¹. En otras palabras, esas manifestaciones imperceptibles de la fuerza en lo inorgánico, también podrían ser interpretadas, a partir del lenguaje, en términos de «volumen», «forma», «calidad», etc., si, efectivamente, guardasen proporción con nuestra sensibilidad.

Como sabemos, Nietzsche desde muy joven intenta equilibrar su formación unilateral, a través de lecturas científicas. Y específicamente, esa formación que, según el mismo considera, es deficiente, la intenta potenciar, no solo a través de los escritos de Boscovich, Zöllner, Kopp y otros, pedidos cuando era profesor en Basilea, sino con la filosofía de la ciencia presente en la *Historia del materialismo* de Lange cuya primera edición lee teniendo 21 años.

Hay que añadir que ya en los fragmentos escritos en los años sesenta, se lee cómo se prescribe a sí mismo leer, sin duda a instancias de Lange, a Molesschot, Vogt, Virchow, Bichat, Czolbe y hasta al mismísimo Wundt. En estas lecturas, encuentra argumentos para ir configurando su idea de la vida como devenir y para asignar a lo inorgánico el carácter de la voluntad de poder. Por ejemplo, una fuente muy estimable de cual se sirve Nietzsche para sustentar la idea de que lo inorgánico es voluntad de poder se encuentra en las consideraciones que hace el jesuita Boscovich. Para él, los átomos carecen de extensión y, por lo tanto, estos no rebotan al entrar en contacto unos contra otros, sino que poseen fuerzas repulsivas. Ciertamente, Nietzsche, siguiendo a Faraday, preferiría hablar, sin negar a Boscovich, de «simples centros de fuerza». De hecho, a las cosas las conocemos por sus manifestaciones, por su acción, en primer término, sobre nuestros sentidos. Por tanto, la materia, como fondo, como ese *substratum* del mundo, aparece, por un lado, como una ficción nacida de una «necesidad psíquica» y, por otra, como una parcela de no-devenir, como algo inerte, que insertamos en la realidad. Para ilustrar esto, se puede decir que si algo puede ser palpable no es por su materia, sino por su fuerza de resistencia. Nietzsche diría que se trata de una fuerza que ansía más fuerza, es decir, de voluntad poder.

Ahora bien, para ser justos, las concepciones que Nietzsche extrae de estos autores habían pasado por la criba interpretativa de Lange. Es decir, si Nietzsche puede moverse a ratos con soltura en estas visiones científicas es, en primer término, por la capacidad de síntesis y crítica del profesor de Manburgo.

Se puede sostener ahora, según lo dicho, que el *factum* del movimiento y de la fuerza, es un *factum* que no puede encontrar explicación desde la conservación, sino desde el aumento que le es inherente. La actividad es aquello que justamente se extiende hacia el poder. Se podría agregar que la fuerza, en cuanto tiene duración no puede manifestarse más que en la oposición, es decir, en la lucha.

Ahora abordaremos un punto bastante complejo. Nietzsche después de sostener el carácter dinámico del mundo, se atreve a afirmar lo siguiente: «la voluntad de poder gobierna el mundo inorgánico, o mejor dicho, no existe ningún mundo inorgánico»². Dicho de otra manera, si, a su entender, la voluntad de poder es devenir, y el devenir es equivalente a la vida, se concluye que lo inorgánico es, también, vida. Si tomamos todo el peso de la afirmación, es lícito que nos preguntemos si acaso el tópico del Nietzsche «vitalista» es tan cierto como suele afirmarse. ¿No es acaso Nietzsche, según esto, un filósofo *hylozoista* y monista?

Aunque parezca extraño, Nietzsche, en el libro de Strauss titulado *Antigua y nueva fe*, que el mismo había vilipendiado hasta el paroxismo, había encontrado el cuestionamiento acerca de los límites entre lo orgánico e inorgánico. Decía Strauss, siguiendo al respetado Dubois Reymond: «la ciencia actual nos enseña [...] que la distinción entre las llamadas naturaleza inorgánica y orgánica, es completamente arbitraria, y que la fuerza vital, como se concibe ordinariamente, es una quimera»³. En el caso de Nietzsche, no hay, según parece, un principio vital irreductible a lo inorgánico, sino un dinamismo genérico. Sin embargo, esto no significa de ninguna manera que a partir de aquí Nietzsche afirme la generación espontánea o *aequivoca*. Su opinión es coincidente, con lo que se expresa en una de sus lecturas tardías, me refiero al libro *La materia bruta y la materia viva. Estudio sobre el origen de la vida y la muerte* de Joseph Delfœuf. En él, el profesor de Lieja sostiene: «para nosotros no hay pues diferencia esencial entre lo orgánico y lo inorgánico. Puede transformarse uno en otro, aunque por sí mismo lo inorgánico no puede reproducir lo orgánico»⁴. Por su parte, Nietzsche sostiene en concordancia: «lo orgánico no es algo originado»⁵.

Ahora bien, debemos responder la pregunta previa: Nietzsche es o no es *hylozoísta*. Para ello, tendré que adelantar, en parte la caracterización de lo orgánico. Para contestar, creo necesario distinguir que en Nietzsche hay dos modos de entender la vida. El primer modo es, simplemente, como dinamismo y devenir, el segundo modo, es la vida entendida como interpretación, memoria y conocimiento. Ambas diversificaciones, son voluntad de poder y vida, pero solo los seres orgánicos, en cuanto unidades interpretantes, crean un mundo intermedio entre ellos y el devenir, un mundo que llega a alterar su propia identidad. A propósito de esto, Nietzsche agrega: «todo lo orgánico se distingue de lo inorgánico <porque> va *acumulando experiencias*, y en ningún momento es idéntico a sí mismo en sus procesos»⁶. Es decir, el *hylozoísmo* de la voluntad de poder, incorpora un cierto vitalismo a la hora de entrar a distinguir y considerar los matices que tiene el despliegue del aumento en lo orgánico.

Ahora bien, he dado un paso en la caracterización de lo inorgánico, pero, este avance, supone que debemos enfrentarnos con otro problema espinoso, como es la atribución de percepción a lo inorgánico que Nietzsche realiza. El autor del Zarathustra, parece decir, junto a Giordano Bruno, que «todo vive [...] hasta la piedra siente a su modo por más que el hombre no pueda definir esta manera de sentir»⁷.

Respecto de este asunto, Müller-Lauter sostiene que esta atribución nace de la premisa nietzscheana que afirma que «ninguna voluntad de poder es “voluntad ciega”»⁸. Ciertamente, Nietzsche lo dice expresamente, «esa voluntad de poder, para que pueda manifestarse, tiene que percibir las cosas que atrae hacia sí, que siente la aproximación de algo que es asimilable para ella»⁹.

Nietzsche, cuando pide el 06 de noviembre de 1872, el libro *La naturaleza de los cometas*, ya tenía noticia, gracias a Lange, que Zöllner, profesor de la Universidad de Leipzig, defendía la idea, para muchos absurda, de la percepción en lo inorgánico. Justamente, durante ese periodo Nietzsche escribe lo siguiente, usando todavía un lenguaje propio del atomismo y sin haber establecido aún los contornos claros de la doctrina de la voluntad de poder: «El choque, la acción de un átomo sobre otro, presupone también *sensación [Empfindung]*. Una cosa extraña no puede influir en otra»¹⁰. Y, añade, que el surgimiento de la conciencia es complejo, pero, el de la sensación no. Pero, la pregunta que surge es qué se percibe a nivel de la materia bruta. Frente a esto, se puede sostener que lo que se percibe es la afinidad, pero también la «diferencia de fuerza». Es decir, si las fuerzas se encuentran relacionadas, este hecho supone, al entender de Nietzsche, percepción.

Hay en Nietzsche, en ciertos periodos bien precisos, consideraciones que proponen la superioridad del mundo inorgánico. Esta superioridad va de la mano de una ausencia de confrontación perspectivista respecto del mundo exterior. En otras palabras, Nietzsche no estima que lo inorgánico carece de perspectiva, puesto que la esencia del mundo es desplegarse de modo perspectivo, sino que esa óptica, que es privilegio de lo inorgánico, es completamente «definida». Dicho de otro modo, las percepciones del mundo inorgánico son seguras y se mantienen alejadas del error. En cambio, ya al nivel protoplasmático empieza la inseguridad y la inestabilidad, debido a que se introduce un prisma valorativo que se centra en fortalecer las propias condiciones de existencia. Nietzsche dice: «el tránsito del mundo de lo inorgánico al mundo de lo orgánico es un tránsito de percepciones definidas de los valores de fuerza y relaciones de poder a percepciones inseguras, indefinidas (porque una multitud de entes trabados en lucha entre sí [= protoplasma] se sienten confrontados con el mundo exterior)»¹¹. Se podría afirmar, de acuerdo con esto, que los seres inorgánicos son uniperspectivos y los orgánicos multiperspectivos.

Nietzsche insiste, en esta concepción, expresando que «en el mundo químico reina la más agudísima *percepción* de la diferencia de fuerza. Un protoplasma, en cambio, *en cuanto multiplicidad de fuerzas químicas*, se caracteriza por una percepción global *insegura e indefinida* de una cosa extraña»¹². En razón de esto, llega a defender la superioridad de lo inorgánico, es decir, en cuanto que en lo inorgánico la fijación de fuerza es cabal y precisa. Dice Nietzsche al respecto: «el mundo inorgánico que está detrás es la máxima síntesis de fuerza y, por lo tanto, lo supremo y más venerable. ¡Ahí falta el error, la limitación de perspectiva!»¹³. Como sostiene en otro fragmento, el mundo inorgánico viene a ser el «reino de la verdad». Müller-Lauter, interpretando estas líneas, escribe: «creo que a través de estos y otros apuntes se puede apreciar una nostalgia no disimulada de Nietzsche por esa “verdad”, por *la* verdad, cuya destrucción constituye todavía uno de los fines principales de su filosofía»¹⁴. Sin embargo, considero, pese a la autoridad de Müller-Lauter, que en estos fragmentos más que nostalgia por la verdad con mayúscula, se trata de un anhelo de un

desenvolvimiento vital, seguro, fácil, sin dilatación que viene a ser un modelo para el mismo despliegue vital del hombre. En otras palabras, mi salida interpretativa, va por el lado de recordar que, para Nietzsche, el hombre ha de poner, como fin de su devenir vital, una superanimalidad que debe desarrollarse a partir de instintos más saludables y elevados. Esto permitiría, que el hombre, por supuesto sólo en cierto grado, no se mirase en los diversos espejos de su conciencia, antes de ejercer su actividad vital. En otras palabras, lo que a Nietzsche le interesa, es que el hombre logre desplegarse desde el automatismo hermenéutico del instinto. Con esto, el hombre puede manifestarse, siguiendo una imagen de Emerson, como un verdadero acontecimiento de la naturaleza. Es decir, como lo haría un volcán, un río o un movimiento telúrico. Justamente, cuando Nietzsche habla del «automatismo instintivo», como el modo más libre de llevar a cabo la vida humana, se refiere a la facilidad en el actuar que se vuelve imposible cuando se ha superfetado y exagerado el rol de la conciencia. Por eso, estimo que la apreciación de lo inorgánico no se liga con un ideal de la vida teórica (la búsqueda de la «Verdad»), sino con un ideal práctico de un movimiento vital, semejante al inorgánico, sin dilatación, aporía, desgarró y remordimiento.

Veamos a continuación el modo de manifestarse el devenir de la vida en lo «orgánico».

2. La voluntad de poder en lo orgánico

En general, lo orgánico, según hemos visto, es multiperspectivo, es decir, configura en torno a sí mundos fantaseados. Estos mundos, nos dice Nietzsche, son el reino del error, pero de un error que es condición de su aumento. Como hemos señalado, para Nietzsche, la especialización propia de lo orgánico, le hace inferior a lo inorgánico. Lo orgánico supone una división, una interioridad, que se aleja del carácter sintético de lo inorgánico¹⁵.

Sin embargo, pienso que, finalmente, Nietzsche termina considerando a lo orgánico como superior y como una configuración más refinada del poder. En último instancia, uno de los criterios utilizados, por él, para establecer las jerarquías morfológicas de la voluntad de poder, va a ser el aumento de la capacidad de simulación. Nietzsche sostiene, explícitamente: «El crecimiento de la “simulación” conforma la jerarquía ascendente de los seres. En el mundo inorgánico, ella parece faltar, en lo orgánico comienza la astucia: las plantas son maestras en ello»¹⁶. Está afirmando que el actuar con astucia, significa ya incorporar perspectivas desde diversas valoraciones. En todo ser vivo hay un despliegue *práctico* del conocimiento, es decir, un desenvolvimiento vital que tiende a asegurar aquellas condiciones de existencia que le permiten aumentar. Cada ser vivo estima y valora para acondicionar su mundo, esto lleva a Nietzsche a exclamar: «*Para las plantas el mundo es planta, para nosotros hombre*»¹⁷.

Finalmente, hay que sostener, que a partir del ser orgánico empieza una labor artística que, simplificando el caos, crea apariencias desde los estímulos y excitaciones¹⁸. Los seres orgánicos, en sus diversos niveles, incluida la célula, se elevan a una actividad psíquica. Esta actividad psíquica, en hombres y animales, se deriva de los instintos. Sin embargo, sólo la planta-hombre eleva su actividad instintiva

en un proceso que quizá sea su distinción, a saber, en lo que Nietzsche denomina «transfiguración» y «sublimación».

Notas

¹ Herbert Spencer, *First principles*, (New York: D. Appleton and Company, 1898), 234.

² Friedrich Nietzsche, *Kritische Studienausgabe* (München: Walter de Gruyter, 1999), XI 34 [247] 504. [En adelante KSA].

³ D. F. Strauss, *La antigua y la nueva fe. Análisis crítico del desarrollo evolutivo de la idea cristiana*, (Valencia: Sempere, s/f.), 121.

⁴ Cf. J. Delbœuf, *La materia bruta y la materia viva. Estudio sobre el origen de la vida y de la muerte*, v. 2, (Madrid: Librería de R. Angulo, 1889), 86.

⁵ KSA XI 25 [403], 117.

⁶ KSA X 12 [31], 406.

⁷ Citado por Paul Janet- Gabriel Séailles, *Historie de la philosophie. Les problèmes et les écoles* (Paris: Librairie de Lagrave, 1921), 50.

⁸ Müller-Lauter, Wolfgang: "Nietzsche Lehre vom Willen zur Macht". En *Nietzsche* (Darmstadt: Wiss. Buchgesellschaft, 1980), 263.

⁹ KSA XI 34 [247], 503.

¹⁰ KSA VII 19 [159], 469.

¹¹ KSA XI 35 [59], 537.

¹² KSA XI 35 [58], 537.

¹³ KSA XII 1 [105], 36.

¹⁴ Müller-Lauter, 264.

¹⁵ KSA XII 1 [105], 36; IX 11 [70], 468.

¹⁶ KSA XII 10 [159], 550.

¹⁷ KSA VII 19 [158], 469.

¹⁸ KSA XI 25 [333], 97.